



Del fútbol espectáculo al espectáculo deportivo

Corresponde a un planteamiento muy asumido la división clásica del deporte entre el deporte práctica y el deporte espectáculo: el primero comprometido con los conceptos de generalización, hábito saludable, participación, recreación y educación; el segundo asociado a especialización, entrenamiento, selección, rendimiento y espectáculo. El deporte praxis se ubica, con relación a la implicación motriz, en el espacio del ocio activo y el deporte espectáculo en el ámbito del ocio pasivo. Éste, que arrastra a una parte notabilísima de la población, concita inquebrantables adhesiones, ardorosas pasiones entre las masas y emotivas hazañas narradas por los medios de comunicación social que alimentan las polarizaciones partidistas de los aficionados y prolongan la épica deportiva a lo largo y ancho de nuestro espacio social. Por el contrario, el deporte praxis representa la actividad anónima individualizada que está muy ligada a la suerte del deporte espectáculo de tal manera que mientras éste acapare la atención preferencial de la sociedad, aquél subsistirá como hábito social.

Ambos son indisolubles y su devenir está íntimamente unido al desarrollo y evolución de la sociedad liberal capitalista que los gestó (en un ambiente masculino, occidental y de clase alta), los amparó y favoreció como reflejo y proyección de los valores más genuinos de su patrón sociocultural. El estado liberal contemporáneo desarrolló esta nueva práctica con tres fines concretos: la socialización de las elites masculinas, el control del tiempo de ocio en las clases populares y la mejora de las condiciones higiénicas de la población. El dominio actual de este modelo sociopolítico y la propia superación del deporte de las barreras ideológicas, sociales o culturales que se le han extendido en su imparable trayectoria de este siglo, han difundido esta práctica por todo el planeta.

El nutriente que alimenta al deporte espectáculo, a pesar del nombre, no es el espectáculo en sí, la belleza plástica o la grandeza estética, sino la aventura deportiva, la propia tragedia competitiva que lleva en su propia actividad el deporte y que hace imprevisible el resultado final. Fatalmente uno (o varios) debe/n morir, aunque no es fatal que uno de los contendientes tenga más recursos y probabilidades de victoria; luego se le/s restituye la vida deportiva para una ulterior competición. Y sigue la rueda. En torno a este dilema se gesta el carácter propio de este deporte en su más pura esencia: juego agonístico muy normativizado, con un notable componente de azar que se desarrolla en un ambiente festivo de catarsis colectiva.

El individuo contemporáneo precisa referentes sociales para situarse adecuadamente en su circunstancia social, el deporte es uno de ellos. Las adhesiones deportivas a los deportes de equipo de máximo nivel, singularmente el fútbol, constituyen todo un fenómeno de nuestra época que, con la pérdida de relevancia de otras afiliaciones sociales (políticas, sindicales, culturales...) han alcanzado un enorme protagonismo. Los aficionados no permiten apreciar el deporte como espectáculo sino como victoria o derrota, ésa es la ecuación esencial que prima en el deporte espectáculo. La gran mayoría se identifica con los equipos ganadores que son casi siempre los mismos y no por deportividad, sino por dinero. Ganando su equipo, ganan ellos, que es de lo que se trata.

En el fútbol, al igual que en los otros deportes, se lucha tenazmente con el adversario, para conseguir algo que está fuera de éste: la victoria. Los incondicionales se sirven del triunfo para sentirse auténticos, distintos y superiores a los "otros". El fútbol es el gran espectáculo cultural de nuestra época y el comportamiento semanal futbolístico violento, primitivo, faltón, patriotero, extravagante y malgastador corresponde a una de las caras más inquietantes de nuestro colectivo social. El fenómeno futbolístico es extenso aunque poco profundo, todos somos masa futbolística y todos estamos presionados a la rebelión semanal, al calor de lo que sucede en las canchas de juego y del ambiente creado por los medios de comunicación social, todos estamos obligados, de una manera o de otra, a adscribirnos a unas identidades en contra del eterno contrario y todos contribuimos (en mayor o menor grado) a esta enorme parodia para beneficio de unos pocos que sólo buscan lucrarse con la gestión de las identidades y sentimiento de los demás.

Es el momento de superar, al hilo de los profundos cambios que se han dado en nuestro conjunto social mediante un fuerte proceso de deportivización, la larga etapa de las adhesiones excluyentes con toda su



carga emocional cimentada en el "nosotros" y los "otros": los que ganan y los que pierden, los de casa y los de fuera, los poderosos y los modestos, los buenos y los malos; para vindicar una reinterpretación del espectáculo futbolístico (y por extensión del espectáculo deportivo) que nos permita gozar de todo su bagaje artístico en un ambiente festivo, respetuoso y de noble competencia.

Los valores estéticos del deporte de alto rendimiento (y especialmente del fútbol) son muy apreciables. El deporte es ante todo un relato heroico, una bella historia en la que se unen la emoción y la imaginación, y donde el resultado final resulta en todo momento incierto. El conflicto deportivo presenta una indudable belleza plástica y coreográfica, en los espectáculos deportivos el espectador puede percibir una agradable combinación de actitudes, movimientos colectivos, formas y colores que proporcionan un efecto estético agradable. En los distintos lances deportivos del encuentro deportivo se observan también comportamientos humanos, actitudes éticas y mensajes morales al margen incluso del propio convencionalismo de la competición deportiva. La creatividad del campeón, el estilo inconfundible de las figuras, la elegante manera de algunos prohombres de soportar la presión sin menguar eficacia o la creación colectiva, constituyen elementos fundamentales de la estética competitiva de alto rendimiento y, en suma, del arte deportivo.

Sin embargo, es lo trágico lo que constituye la categoría estética esencial del deporte, en él, dos (o más) rivales combaten ritualmente por la victoria en el un ambiente catártico; la propia institución deportiva (la federación) nace del desarrollo y de la sistematización de las tragedias deportivas. La necesidad de prodigar los conflictos deportivos que generen emoción, imaginación, ilusión e incertidumbre, conduce obligatoriamente a la construcción de los distintos sistemas de competición (torneos, campeonatos, copas, sistemas de play-off...) con el fin de lograr emocionantes encuentros, con distintos matices renovados, que en el curso de su desarrollo se conviertan en auténticas epopeyas del deporte.

Los colectivos consumidores de espectáculos deportivos más maduros, sensatos y avanzados (en cuanto a su praxis deportiva) asisten mayoritariamente a los encuentros de alto nivel como representaciones de carácter festivo, en las que se perciben y se viven brillantes manifestaciones estéticas y donde el resultado juega un papel importante pero no determinante. El Campeonato del Mundo de Fútbol Francia 98 puede ser una buena oportunidad para corregir nuestros instintos futbolísticos cotidianos y disfrutar de un grandioso escenario estético en torno al fútbol. Discernir los indudables valores artísticos, morales y humanísticos que contiene un mundial, al margen de las urgencias históricas que cada temporada nos asaltan en las viscerales competiciones ligueras, puede ser un buen punto de arranque para la recuperación de lo lúdico en la sociedad futbolística.

Se impone la madurez deportiva. Bajo esta consigna es necesario convertir a nuestra sociedad deportivizada y polarizada, desde una irracional adscripción deportiva a una contemplación sesgada y placentera del espectáculo deportivo. Este lleva implícitos importantes elementos estéticos y morales que no están contenidos necesariamente en el resultado final y que conviene desgranar para poder saborearlo con verdadera fruición.

En un ambiente de verdadera fiesta lúdica, la correcta combinación entre la apreciación artística de un formidable conflicto deportivo y la valoración inmediata del resultado con sus respectivas variantes: clasificación, estadística, récord e historial; proporcionará al individuo y a su entorno una nueva y más equilibrada interpretación de los espectáculos deportivos que debe redundar en una sociedad más sensible, hedonista, comprensiva y humana.

Javier Olivera Betrán
Director de la revista "Apunts. Ed. Física y Deportes"